

## DOCUMENTOS

### Alocución de S. S. Pío XII al Sacro Colegio de Cardenales (\*)

Al acoger, Venerables Hermanos, con viva gratitud los augurios que en nombre de todos vosotros Nos ha ofrecido el venerando y amadísimo Decano del Sacro Colegio, Nuestro pensamiento Nos conduce de nuevo verdaderamente a seis años atrás, cuando, en similar oportunidad, Nos presentasteis vuestras felicitaciones onomásticas, por vez primera tras la elevación de Nuestra indigna persona a la Cátedra de Pedro.

El mundo estaba todavía en paz; ¡pero qué paz y cuán precaria! Con el corazón lleno de angustia, tanto en la perplejidad como en la oración, Nosotros nos inclinábamos sobre esta paz, como quien se inclina en el momento de morir cabe un agonizante y con ardiente amor se obstina en preservarlo, aún contra toda esperanza, de los asedios de la muerte.

En las palabras que entonces os dirigimos, transparentábase Nuestra dolorosa aprehensión por el desencadenamiento de un conflicto, que parecía hacerse cada vez más amenazador, y acerca del cual nadie habría podido prever, ni la extensión, ni la duración.

El posterior desenvolvimiento de los acontecimientos demostró demasiado, no solamente cuán verísimas fueron Nuestras previsiones más tristes, sino que también las ha superado en mucho.

Hoy, después de alrededor de seis años, han cesado las luchas fratricidas, a lo menos en parte de este mundo devastado por la guerra. Reina una paz —si tal puede llamarse— muy frágil aun, y que no podrá persistir y consolidarse sino a costa de sostenidos cuidados; una paz, cuya tutela impone a toda la Iglesia, al Pastor y a la grey, graves y delicadísimos deberes: paciente prudencia, valiente fidelidad, y espíritu de sacrificio! Todos están llamados a consagrarse a ella, cada uno dentro de su oficio y desde su propio lugar. Ninguno podrá jamás aportarle por algún tiempo, ni demasiado celo, ni demasiada atención.

---

(\*) Traducción de *Estudios; Acta Apostolicae Sedis*, 23 de junio 1945. pp. 159-168.

En cuanto a Nos y a Nuestro Apostólico Ministerio, bien sabemos Venerables Hermanos, que nos podemos apoyar en vuestra sapiente colaboración, en vuestras incesantes oraciones, sobre vuestra inalterable devoción.

## I

*La Iglesia y el nacionalsocialismo*

En Europa, la guerra ha terminado: ¡pero qué estigmas ha impreso en ella! El Divino Maestro había dicho: Todos aquellos que injustamente echaran mano a la espada, por la espada morirán (Mat. 25, 52). Ahora bien, ¿qué es lo que vosotros veis?

Veis aquello que deja tras de sí una concepción y una actividad del Estado que desecha los sentimientos más sagrados de la humanidad, que desprecia desdeñosamente los inviolables principios de la fe cristiana. El mundo entero, estupefacto, contempla hoy las ruinas que se han derivado de aquella concepción.

Esta ruina Nos la habíamos visto venir de lejos, y creemos que muy pocos han seguido con mayor tensión de ánimo, el desarrollo y la precipitación de la inevitable caída. Más de doce años, entre los mejores de nuestra edad madura. Nos habíamos vivido, por imposición de la misión a Nos confiada, en medio del pueblo alemán. En aquel tiempo, con la libertad que las condiciones políticas y sociales permitían entonces Nos hicimos cuanto pudimos por la consolidación de la situación de la Iglesia Católica en Alemania. Tuvimos así ocasión de conocer las grandes cualidades de aquel pueblo y Nos trabamos relaciones personales con sus mejores representantes. Por eso alentamos la fe de que él pueda recuperarse en cuanto a dignidad y nueva vida, tras haber rechazado cabe si el espectro satánico exhibido por el nacionalsocialismo, y después que los culpables (como hemos tenido ya ocasión de decirlo otras veces) hayan expiado los delitos por ellos cometidos.

Hasta el instante en que todavía no se había perdido toda lejana esperanza de que aquel movimiento pudiese tomar otra dirección diferente y una menos perniciosa orientación, tanto por el reconocimiento de los errores cometidos y esto por obra de sus miembros más moderados, como por la eficaz oposición de la parte del pueblo alemán, que no consentía con los hechos tal como estos se daban, la Iglesia hizo cuanto estaba en sus manos hacer, para oponer un poderoso dique a la invasión de aquellas doctrinas no menos deletéreas que violentas.

En la primavera de 1933, el Gobierno alemán solicitó de la Santa Sede establecer un Concordato con el Reich: pensamiento que fué acompañado del consenso del Episcopado y a lo menos de gran parte de los católicos alemanes. En efecto, ni los Concordatos anteriormente firmados con otros Estados particulares de Alemania (*Länder*), ni la Constitución de Weimar parecían asegurarles y garantizarles suficientemente el respeto de sus convicciones, de su fe, de sus derechos y de su libertad de acción. En tales condiciones, estas garantías no podían ser obtenidas sino mediante un acuerdo, bajo la forma solemne de un Concordato, con el Gobierno central del Reich. Agreguemos que, habiendo hecho éste la propuesta, recaería, en caso de rechazo, sobre la Santa Sede la responsabilidad de cualquier dolorosa consecuencia.

No es el caso de que la Iglesia, por su parte, se dejase ilusionar por excesivas esperanzas, ni con la firma del Concordato entendiéndose de ningún modo aprobar la doctrina y las tendencias del nacionalsocialismo, como fué entonces expresamente declarado y explicado (Cfr. *L'Osservatore Romano*, n. 174, de 2 de julio de 1933). No obstante ello es necesario reconocer que el Concordato procuró en los años siguientes a su firma algunas ventajas, a lo menos impidió males mayores. En efecto, no obstante todas las violaciones de las que bien pronto fué objeto, proporcionaba a los católicos una base jurídica defensiva, un campo sobre el cual podían atrincherarse para continuar enfrentando, hasta cuando fuera posible, las encrespadas olas de la persecución religiosa.

En verdad, la lucha contra la Iglesia iba aumentando cada vez más; era la destrucción de las organizaciones católicas; era la supresión progresiva de las tan florecientes escuelas católicas, públicas y privadas; era la separación forzada de la juventud de la Iglesia y de la familia; era la opresión ejercida sobre la conciencia de los ciudadanos, particularmente sobre los empleados del Estado; era la denigración sistemática, mediante una propaganda rigurosa y astutamente organizada, de la Iglesia, del Clero, de los fieles, de sus instituciones, de su doctrina, de su historia; era la clausura, la disolución, la confiscación de las casas religiosas y de otros institutos eclesiásticos; era la anulación del periodismo y de la producción literaria católica.

Para resistir a estos ataques, millones de valerosos católicos, hombres y mujeres, se apretaban en torno de sus Obispos, cuyas voces valientes y severas no dejaron de resonar hasta estos últimos años de guerra en torno de

sus sacerdotes, para ayudarlos a adaptar incesantemente su apostolado a las cambiantes necesidades y a las circunstancias; y hasta el último momento, con paciencia y fortaleza, opusieron al frente de la impiedad, del orgullo, el frente de la fe, de la oración, de la conducta y de la educación francamente católica.

Mientras tanto, sin excitación, la misma Santa Sede multiplicaba ante los gobernantes de Alemania sus reclamos y sus protestas, exigiéndoles con energía y claridad, respetasen y observasen los deberes derivados del mismo derecho natural y confirmados por el pacto concordatario. En esos críticos años, asociando a la atenta vigilancia del Pastor la paciente longanimidad del Padre, Nuestro grande Predecesor Pío XI desempeñó con intrépida fortaleza su misión de Pontífice supremo.

Pero he aquí que, recorridas todas las diversas sendas de la persuasión, Pío XI se vió evidentemente colocado frente a las deliberadas violaciones de un pacto solemne y a una persecución religiosa, disimulada o manifiesta, pero siempre duramente conducida, el domingo de Pasión de 1937, en su Encíclica *Mit Brennender Sorge*, reveló a las miradas del mundo qué cosa era en realidad el Nacionalsocialismo: la orgullosa apostasía de Jesucristo, la negación de su doctrina y de su obra redentora, el culto de la fuerza, la idolatría de la raza y de la sangre, y la opresión de la libertad y de la dignidad humana.

\* \* \*

Como una clarinada que da la señal de alarma, el Documento pontificio, vigoroso —demasiado vigoroso, pensaba por entonces más de uno— hizo palpitar fuertemente los espíritus y los corazones.

Muchos —aun fuera de los límites de Alemania— que hasta entonces habían cerrado los ojos ante la incompatibilidad de la concepción nacionalsocialista con la doctrina cristiana, debieron reconocer y confesar su error.

Muchos; ¡pero no todos! Otros, en las mismas filas de los fieles, estaban muy enceguecidos por sus prejuicios o seducidos por la esperanza de ventajas políticas. La evidencia de los hechos señalados por Nuestro Predecesor no llegaron a convencerlos, menos todavía a inducirlos a modificar sus conductas. ¿Es quizás mera coincidencia que algunas regiones, después más duramente golpeadas por el sistema nacionalsocialista, fueran precisamente aquellas donde la Encíclica *Mit brennender Sorge* había sido menos escuchada?

¿Habría sido quizás entonces posible, con oportunas y convenientes pro-

videncias políticas, frenar de una vez para siempre el desencadenarse de la violencia brutal y poner al pueblo alemán en condición de desvincularse de los tentáculos que lo apretujaban? ¿Habría sido posible evitar de tal modo a Europa y al mundo la invasión de esta inmensa marea de sangre? Nadie osaría dar un juncio seguro. De cualquier modo, no obstante, ninguno podría reprochar a la Iglesia el no haber denunciado y demostrado a tiempo el verdadero carácter del movimiento nacionalsocialista y el peligro al cual exponía a la civilización cristiana.

\* \* \*

"Quien eleva la raza, o el pueblo, o el Estado o una determinada forma de éste, o los representantes del poder central, o u otros elementos fundamentales de la sociedad humana... a la suprema norma de todo, inclusive de los valores religiosos, y los diviniza con culto idolátrico, pervierte y falsea el orden de las cosas creadas y querido por Dios (*Acta Apostolicae Sedis*, T. XXIX, 1937, pp. 149 y 171)".

En estas proposiciones de la Encíclica se condensa la radical oposición entre el Estado nacionalsocialista y la Iglesia católica. Llegadas las cosas a tal punto, la Iglesia no podía ya, sin resignar su misión, renunciar a tomar posición ante todo el mundo. Con este acto, sin embargo, hacía una vez más un "signo de contradicción" (Lucas, 2, 34) ante el cual los espíritus en lucha se dividían en dos escuadras opuestas.

Los católicos alemanes estuvieron, se puede decir, concordes en reconocer que la Encíclica *Mit brennender Sorge* había proporcionado luz, dirección, consuelo, confortamiento a todos aquellos que consideraban seriamente y practicaban de manera coherente la religión de Cristo. No podía, sin embargo, faltar la reacción de parte de aquellos que habían sido golpeados por ella; y fué precisamente el año 1937 para la Iglesia católica en Alemania un año de indecibles amarguras y de terribles tempestades.

Los grandes acontecimientos políticos que caracterizaron los dos años siguientes, y luego la guerra no atenuaron de ningún modo la hostilidad del nacionalsocialismo contra la Iglesia, hostilidad que se manifestó hasta estos últimos meses, cuando sus secuaces se vanagloriaban aun de poder, apenas lograda la victoria militar, terminar de una vez por todas con la Iglesia. Testimonios autorizados e inexcusables nos tenían informados de estos designios, los cuales, por lo demás, se manifestaban sin reticencias por sí mismos con las reiteradas y siempre más adversas acciones contra la Iglesia católica en Austria, en Alsacia-Lorena y sobre todo en aquellas

regiones de Polonia, que ya en el curso de la guerra habían sido incorporadas al antiguo Reich; todo fué allí vapuleado, aniquilado, todo aquello que, podía ser alcanzado por la violencia externa.

Continuando la obra de Nuestro Predecesor, Nosotros mismos durante la guerra no hemos cesado, especialmente en Nuestros Mensajes, en contraponer a las ruinosas e inexorables aplicaciones de la doctrina nacionalsocialista, que hasta llegaban a valerse de los más refinados métodos científicos para torturar u oprimir a personas amenudo inocentes, las exigencias y las normas indefectibles de la humanidad y de la fe cristiana. Era esta para Nosotros la más oportuna y podremos decir también la única vía eficaz para proclamar ante la faz del mundo los inmutables principios de la ley moral y para confirmar, en medio de tantos errores y de tantas violencias, en las mentes y en los corazones de los católicos alemanes, los superiores ideales de la verdad y de la justicia. Tales preocupaciones no quedaron inoperantes. Sabemos en efecto, que Nuestros Mensajes, en especial aquel de Navidad de 1942, (\*) no obstante todas las prohibiciones y los obstáculos, fueron hecho objeto de estudio en las Conferencias diocesanas del Clero en Alemania, y luego expuestos y explicados al pueblo católico.

Pero si los gobernantes de Alemania habían deliberado destruir a la Iglesia católica también en el antiguo Reich, la Providencia había dispuesto las cosas de otra manera. ¡Las tribulaciones de la Iglesia por parte del nacionalsocialismo han terminado con el repentino y tráfico fin del perseguidor!

De las prisiones, de los campos de concentración, de los ergástulos afluyeron entonces, al lado de los detenidos por motivos políticos, también las falanges de aquellos que, pertenecientes tanto al Clero como al laicado habían cometido el único delito de ser fieles a Cristo y a la fe de sus mayores o de observar valientemente sus deberes sacerdotales. Por todos ellos Nosotros hemos orado ardientemente y Nos hemos ingeniado con toda clase de industrias, toda vez que ello fué posible, de hacerles llegar Nuestra palabra de aliento y las bendiciones de Nuestro paterno corazón.

Cuanto más, en efecto, se alzan los velos que escondían hasta ahora, la dolorosa pasión de la Iglesia bajo el régimen nacionalsocialista, tanto más se hace conocer la firmeza, incommovible amenudo hasta la muerte, de innumerables católicos y la parte gloriosa que en semejantes nobles luchas ha tenido el clero. Aunque no poseyendo todavía datos estadísticos

---

(\*) Cfr. Estudios. t. 66. p. 145.

completos, no podemos sin embargo abstenernos de mencionar aquí, como ejemplo, alguna a lo menos de las noticias que a Nos han llegado de los sacerdotes y de los laicos que, internados en el campo de Dachau, fueron hechos dignos de sufrir injurias por el nombre de Jesús. (*Hechos*, 5, 41).

En primera línea, por el número y por la dureza del tratamiento sufrido, se encuentran los sacerdotes polacos. Desde 1940 a 1945 fueron reducidos a prisión en el mismo campo 2800 eclesiásticos y religiosos de aquella Nación, entre los cuales se hallaba el Obispo auxiliar de Wladislavia, que allí murió de tifus. En el mes de abril último quedaban solamente 816, habiendo todos los demás muerto, con excepción de dos o tres transferidos a otro campo. En el verano de 1942 se afirmó como allí recogidos 480 ministros del culto, de lengua alemana, de los cuales 45 eran protestantes y todos los demás sacerdotes católicos. No obstante la continua afluencia de nuevos internados, especialmente de algunas diócesis de Baviera, Renania y de Westfalia, su número, a causa de la fuerte mortalidad, al comienzo de este año, no superaba los 350. No pueden ser silenciados aquellos que pertenecían a los territorios ocupados: Holanda, Bélgica, Francia (entre los cuales estaban el Obispo de Clermont), Luxemburgo, Eslovenia e Italia. Muchos de aquellos sacerdotes y laicos han soportado indecibles sufrimientos por motivo de su fe y de su vocación. En un caso el odio de los impíos contra Cristo llegó a tal punto de parodiar, en la persona de un sacerdote internado, mediante alambres con espinas la flagelación y la coronación de espinas del Redentor.

Las generosas víctimas, que durante doce años, a partir de 1933, han hecho en Alemania a Cristo y a su Iglesia el sacrificio de sus propios bienes, de la propia libertad, de la propia vida, alzan a Dios sus manos en oblación expiatoria. Quiera el Justo Juez aceptarla en reparación de tantos delitos cometidos contra la humanidad, no menos que en daño del presente y del futuro del propio pueblo, especialmente de la infeliz juventud, y bajar finalmente el brazo de su Ángel exterminador.

Con una insistencia siempre creciente el nacionalsocialismo ha querido denunciar a la Iglesia como enemiga del pueblo germánico. La manifiesta injusticia de la acusación habría herido en lo más vivo los sentimientos de los católicos alemanes y los Nuestros propios, si hubiese salido de otro labios; pero en los de tales acusadores, lejos de ser un agravio, es el testimonio más fúlgido y más honroso de la firme y constante oposición sostenida por la Iglesia contra las doctrinas y los métodos tan deletéreos,

por el bien de la verdadera civilización y del mismo pueblo alemán, al cual le auguramos que, liberado del error que lo ha precipitado en el abismo, pueda volver a encontrar su salvación en las puras fuentes de la verdadera paz y de la verdadera felicidad, en las fuentes de la verdad, de la humildad, de la caridad, surgidas con la Iglesia del Corazón de Cristo.

## II

## OJEADA HACIA EL PORVENIR

¡Dura lección la de los últimos años! ¡Que a lo menos ella sea comprendida y resulte provechosa para las otras Naciones! ¡Dejaos enseñar, vosotros los que gobernais la tierra! (Salmo 2, 10). ¡Este es el voto más ardiente, de cualquiera que ame sinceramente a la humanidad. Víctima de un impío uso, de un cínico desprecio de la vida y de los derechos del hombre, la humanidad no tiene sino un solo deseo, no aspira sino a una sola cosa: llevar una vida tranquila y pacífica en la dignidad y en el trabajo honesto.

Y por eso ansía ardientemente que se ponga término a la convulsión con la cual la familia y el hogar doméstico en los años de la guerra han sido profanados y agotados; convulsión que clama al cielo y se ha transformado en uno de los más graves peligros no solamente para la religión y la moral, sino también para la ordenada convivencia humana; carestía que ha creado sobretodo las multitudes de desheredados, de los engañados, de los desolados sin esperanza, los cuales van a engrosar la masa de la revolución y del desorden, o enrolados por una tiranía no menos despótica que aquellas que se han querido aniquilar.

Las Naciones, especialmente la de mediana importancia o pequeñas, reclaman que les sea concedido tomar en sus manos sus propios destinos. Estas puede ser conducidas a contraer, con su plena adquiescencia, en pro del progreso común, vínculos que modifican sus derechos soberanos. Pero después de haber sostenido su parte, su dilatada parte de sacrificios para destruir al sistema de la violencia brutal, están en el derecho de no aceptar que les sea impuesto un nuevo sistema político o cultural, que la gran mayoría de sus poblaciones rechaza decididamente...

Ellos sostienen, y con razón, que oficio principal de los organizadores de la paz es poner término al criminal juego de la guerra, y tutelar los derechos vitales y los recíprocos deberes entre grandes y pequeños, poderosos y débiles.



En el fondo de su conciencia los pueblos sienten que sus gobernantes se desacreditarían, si al loco delirio de una hegemonía de la fuerza no hiciesen seguir la victoria del derecho. El pensamiento de una nueva organización de la paz ha surgido —nadie podría dudar de ello— del más recto y leal querer. Toda la humanidad sigue con ansia el progreso de tan noble empresa. ¡Qué amarga desilusión sería, si ella llegase a fallar, si se hicieran vanos tantos años de sufrimientos y de renunciaciones, dejando nuevamente triunfar aquel espíritu de opresión del que el mundo esperaba verse finalmente liberado para siempre! ¡Pobre mundo al cual se podrían aplicar entonces la palabra de Jesús: que su nueva condición se ha hecho peor que aquella de la cual había salido tan penosamente! (Lucas 11, 24-26).

Las condiciones políticas y sociales Nos ponen en los labios estas palabras admonitorias. Aunque mucho hemos tenido que deplorar en más de una región matanzas de sacerdotes, deportaciones de civiles, asesinatos de ciudadanos sin proceso o por venganza privada; no menos tristes son las noticias que Nos han llegado de Eslovenia y de Croacia.

Pero no queremos perder el ánimo. Los discursos pronunciados por hombres competentes y responsables en el curso de estas últimas semanas dejan comprender que tienen en vista la victoria del derecho, no sólo como finalidad política, sino también como deber moral.

Por eso Nos dirigimos con todo corazón a Nuestros hijos y a Nuestras hijas de todo el universo una cálida invitación a la oración: que ella llegue al oído de cuantos reconocen en Dios al Padre amantísimo de todos los hombres creados a su imagen y semejanza, de cuantos saben que en el pecho de Cristo pulsa un Corazón divino rico de misericordia, surgiente profunda e inagotable de todo bien y de todo amor, de toda paz y de toda reconciliación.

Desde la tregua de las armas a la paz verdadera y sincera, cosa esta hoy no muy comprendida, el camino será arduo y largo, muy largo para las ansiosas aspiraciones de una humanidad hambrienta de orden y de calma. Pero es inevitable que así sea. Y quizás es también mejor. Es oportuno dejar primero apaciguar las tempestades de las pasiones sublevadas: *motos praestat componere fluctus* (Virgilio, Eneida, 1, 135). Es necesario que el odio, la desconfianza, los incentivos de un nacionalismo extremo cedan lugar a la concepción de sabios consejos, al brotar de pacíficos designios, a la serenidad en los cambios de vista y a la mutua comprensión fraterna.

Dígnese el Espíritu Santo, luz de las inteligencias, suave Señor de los Corazones, escuchar las plegarias de su Iglesia y guiar en su ardua labor a aquellos que, según su elevada misión, se esfuerzan sinceramente, no obstante los obstáculos y las contradicciones, por alcanzar el término, tan universalmente, tan ardientemente deseado: la paz, la verdadera paz digna de tal nombre. Una paz fundada y confirmada en la sinceridad y en la lealtad, en la justicia y en la realidad; una paz de leal y resuelto esfuerzo para vencer o prevenir aquellas condiciones económicas y sociales, las cuales podrían, como ya en el pasado, del mismo modo en el futuro conducir a nuevos conflictos armados; una paz que pueda ser aprobada por todos los ánimos rectos de cualquier pueblo y de toda Nación; una paz que las generaciones futuras puedan considerar con reconocimiento como el fruto feliz de un tiempo infeliz; una paz que señale por los siglos un cambio resuelto en la afirmación de la dignidad humana y del orden en la libertad; una paz que sea como la *Carta Magna* que ha clausurado la oscura era de la violencia, una paz que, bajo la guía misericordiosa de Dios, nos haga pasar a través de la prosperidad temporal, de modo que no perdamos la felicidad eterna (Oración del IIIer. Domingo después de Pentecostés).

Pero antes de conseguir esta paz, es ciertamente verdad que millones de hombres, en el hogar doméstico o en la guerra, en prisión o en exilio, deben gustar todavía las amarguras del cáliz. ¡Cuán tarde nos deja ver el fin de sus sufrimientos y de sus agustias, el cumplimiento de sus ardentísimos deseos! También para ellos, para toda la humanidad, que con ellos o en ellos sufre, suba al Omnipotente Nuestra humilde y ardiente plegaria.

Nos sirve entre tanto de inmenso consuelo, Venerables Hermanos, el pensamiento que vosotros participais de Nuestros cuidados, en nuestras oraciones, en Nuestras esperanzas, y que en todo el mundo Obispos, Sacerdotes y fieles asocian sus súplicas a la Nuestra en la gran voz de la Iglesia universal. En prueba de Nuestra profunda gratitud y como prenda de la infinita misericordia de los favores divinos, a vosotros, a ellos y a cuántos están a Nos unidos en el deseo y en la búsqueda de la paz, os impartimos desde el fondo del corazón Nuestra Apostólica Bendición.

Papa Pío XII